El Juramento de Zugarramurdi

Nelson Barrales

Editorial Australis

Copyright ©2026 by Nelson Barrales

Todos los derechos reservados

Contents

1. Zugarramurdi, 1597 1

Zugarramurdi, 1597

El caballo del tratante de Elizondo llevaba media hora tirando coces contra el pesebre de los Jauregi cuando alguien fue a buscar a la niña.

No fue Martín de Jauregi quien lo pidió. Fue su mujer, Graciana. Ella había visto a la bestia desde la ventana de la cocina. Sabía que había una sola persona en Zugarramurdi capaz de acercarse a un animal así sin que la matara. Mandó a la moza a buscarla a casa de los Barnechea, dos calles más abajo. La moza volvió corriendo con Amaia de la mano: siete años, descalza, el pelo suelto porque nadie había tenido tiempo de trenzárselo.

Diego tenía ocho años y llevaba toda la mañana escondido detrás de los toneles vacíos, para no tener que ayudar a contar sacos con su padre. Fue el único que la vio de verdad. Todos los demás miraban al caballo.

No hizo lo que él esperaba. No le habló al caballo. No le tocó el morro. No cantó nada por lo bajo, como decían las viejas que hacía su abuela. Se quedó quieta junto a la puerta, tan quieta que Diego

pensó que se había arrepentido. Esperó. El caballo tiró dos coces más, resopló, la miró con un ojo blanco de espanto. Y entonces, antes de que ella diera un solo paso, dejó de tirar coces. Diego nunca supo por qué. Años después, contándoselo a Amaia bajo un soportal en Francia, seguía sin saberlo.

—Tiene la herradura clavada torcida —dijo Amaia, sin mirar a nadie en particular, cuando por fin se acercó y le pasó la mano por el cuello—. Le duele cada vez que apoya. No está loco. Le duele.

El herrador había llegado detrás de la moza, dispuesto a decir algo sobre demonios y sobre niñas que no debían andar sueltas. Se quedó callado cuando le quitó la herradura y comprobó que la niña tenía razón.

Fue la primera vez que Diego de Jauregi vio a alguien equivocarse sobre Amaia de Barnechea y corregirse en silencio. No sería la última. Pero sí fue la que recordó siempre, porque fue también la primera vez que ella lo miró a él, agachado detrás de los toneles. Siete años cumplidos ella, ocho él: la misma edad para todo, menos para la diferencia que separaba a un hijo de mercaderes de una hija de labradores. Amaia no le preguntó qué hacía ahí escondido. Se limitó a decir:

—Ven a sostenerle la cabeza. A mí no me hace caso si no le hablo, y no puedo hablarle y sostenerle a la vez.

Diego salió de detrás de los toneles y sostuvo la cabeza del caballo mientras ella le hablaba en voz tan baja que ni él mismo entendía las palabras. Esa fue toda la ceremonia de su amistad: un caballo con una herradura mal puesta, y una niña que prefería explicar el miedo antes que nombrarlo magia.

Los siguientes cuatro años los pasaron, según a quién se le preguntara en Zugarramurdi, siendo inseparables o siendo una imprudencia que nadie corregía a tiempo.

Se sentaban juntos en misa cuando las familias no miraban. En un pueblo de casas contiguas y ventanas enfrentadas, eso nunca duraba lo suficiente. Amaia le enseñó a distinguir el canto de los pájaros que anunciaban lluvia del que solo anunciaba viento. Diego era hijo de una casa que llevaba dos generaciones comprando tierra, y necesitaba saber cuándo recoger la cosecha ajena antes que la propia: nunca lo dijo en voz alta, pero aquello le sirvió más que cualquier cosa que le enseñaran sus preceptores. Diego, a cambio, le enseñó a ella las pocas letras que sabía. En casa de los Barnechea nadie había considerado necesario que una hija leyera más que el catecismo. A Amaia le pareció, desde la primera tarde, que las letras eran otra forma de conocer el clima de una persona: una vez sabías leer una, sabías por dónde iba a llover.

Junto al pozo de la plaza había una piedra plana, gastada de siglos de agua y de cántaros. Ahí se sentaban las tardes en que a ninguno de los dos le tocaba trabajar. Un verano —Amaia tenía diez años, Diego once— ella le enseñó el único juego que él nunca pudo replicar del todo: cerrar los ojos y decir, antes de que sucediera, si iba a llover esa tarde o si el cielo solo estaba fingiendo. Acertaba ocho de cada diez veces. Diego llevó la cuenta un mes entero en un papel que escondía dentro de un libro de cuentas de su padre. Estaba convencido de que documentaba algo que el mundo necesitaba saber. No entendía todavía que ese mismo papel, en otras manos y en otro tiempo, podía servir para algo muy distinto.

Nadie en la casa Jauregi decía en voz alta lo que pensaba de aquella amistad. Martín la toleraba, en esos años, del mismo modo en que toleraba las deudas pequeñas que todavía no valía la pena cobrar: como un gasto que ya convertiría en ganancia cuando llegara el momento. Tenía otros planes para su hijo, planes con nombre de familia y con extensión de tierra. Un niño de once años enamorado de una niña de diez no le parecía una amenaza. El tiempo, la distancia, la edad de casar

bastarían para deshacerlo. Estaba tan seguro de eso como de cualquier cifra en sus libros de cuentas.

La grieta empezó a notarse el día de San Miguel de 1598. El pueblo entero celebraba en la plaza: hogueras pequeñas, sidra, los mozos saltando el fuego para la buena suerte del año. Amaia y Diego ya no se escondían con la torpeza de cuando ella tenía siete años. Bailaron juntos la última pieza de la noche, una pieza que se bailaba tomados de la mano y nada más. Pero en un pueblo donde todos sabían leer una mano tomada como se lee el cielo antes de la lluvia, con eso bastó.

Martín de Jauregi los vio desde el otro extremo de la plaza, con una copa de sidra que no llegó a terminarse.

No fue el baile lo que lo inquietó. Fue Graciana. Esa misma noche, mientras se desvestían para dormir, se lo contó con la ligereza de quien comenta un vestido: Domingo de Barnechea llevaba semanas hablando en el mercado de comprar dos parcelas junto al arroyo. Las mismas que Martín quería comprar desde hacía dos años, sin lograr reunir el dinero. Si las dos casas terminaban unidas por un matrimonio antes de que él consiguiera esas tierras por su cuenta, la boda resolvería en un día lo que él llevaba años intentando resolver con plata. Y el ascenso de la casa Jauregi dejaría de decidirlo Martín para pasar a decidirlo Domingo de Barnechea: un labrador sin un real de deuda, con fama de mujeres raras en la familia, pero labrador al fin.

Martín de Jauregi no durmió esa noche pensando en brujería. Pensó en tierra, en apellido, y en que un hijo enamorado a los once años era, después de todo, mucho más fácil de corregir que un hijo enamorado a los veinte.

Para la primavera de 1599 ya había escrito la primera carta a un corresponsal suyo en Londres. Ya había empezado, con la paciencia de quien sabe que el tiempo también es una herramienta, a hablarle a su hijo de las ventajas de una educación inglesa para un muchacho

de familia con aspiraciones. Nunca nombró a Amaia. Nunca admitió que de eso se trataba.

Domingo de Barnechea no necesitó que nadie le sugiriera nada. Le bastó con ver a su hija bailar tomada de una mano que no era la de un Barnechea. Le bastó con recordar lo que se decía, porque en Zugarramurdi nadie lo olvidaba del todo, de las mujeres de su propia casa cuando alguna atraía demasiada atención. Esa misma semana escribió a una prima suya, casada en Tolosa de Francia, preguntando si el convento de la Daurade seguía aceptando internas de buena familia.

Ninguno de los dos padres habló con el otro. No hizo falta. Cada uno resolvió, por su cuenta y en la misma estación, exactamente el mismo problema.

Amaia y Diego se enteraron un domingo cada uno, con una semana de diferencia entre un aviso y el otro. A ninguno de los dos le preguntaron qué pensaba del asunto.